

SOBRE - LOBOS

JAIMÉ LORCA
Integrante de "La Troppa"



"Desde La Reina alta se lanzó en sus alas Delta para un paseo breve, pero extraños vientos lo llevaron al desierto de Mahobi, Tugnisia (Africa Central)."

Mis pies no daban más; llenos de llagas, también tenían sed. Eran tres infernales días los que llevaba en el desierto de Mahobi. Un hombre sin esperanza; eso podría ahorrar bastante tinta. Caí de bruces, la arena me entró en la garganta y cada grano fue dejando su huella en mis entrañas, hasta los deseos más oscuros quedaron con surcos, escupí todo lo que pude pero era absurdo; estaba desperdiciando el poco líquido que me quedaba. Miré el horizonte. Ni Indiana Jones lograría salir de ésta, opté por meditar con la cabeza inclinada esperando que el sudor de la frente rodara por mi nariz mientras yo con mi lengua reseca esperaba atento para recoger las gotas. Boté un lago de sudor que había logrado ahuecar en la lengua por culpa de un estúpido espasmo de risa que me atacó de improviso.

—Hermano, tu postura es un símbolo, ¿cachai? ¡La serpiente mordiendo la cola! ¿Cachai? ¿Logo?

No sé por qué me dio risa acordarme de ese imbécil de la UC y para más cachá imaginar lo que pensaría el baboso si me viera aquí; parece que el desierto te pone ocioso... Al final esa mierda está

mejor que yo, allá lejos, aplanando los pastelones del patio central de la Ponti. Claro, el condenado a charqui era yo. ¿Qué de gracioso tenía eso? ¡Nada!, ¡nada!, ¡nada! Nada más que arena que sube y baja y se aplanan. Dios tiene que haber inventado el desierto un día que andaba sin ideas, como yo, bueno, sí,

como yo. Yo soy como un desierto, mi fiel reflejo... claro que no toda la culpa es mía también.

La mala onda es haber nacido en Chile. Ahora, ser joven y en Chile ya es una maldición, si ese país es muy fome y puta que es hediondo. Yo creo que los terremotos los inventó el pulento pa' que los chilenos nos despertáramos un poco cada siete años... de algo sirven estos pensamientos, te resignan. Si voy a morir que sea cómodo. Decido acostarme y dejar que el sol haga su trabajo.

Lo primero que se quemó fueron mis ideales políticos, no echaron ni humo; parece que no eran muy concretos. La fe, en segundo lugar opuso bastante resistencia. Claro, debe ser mi educación: colegio tradicional católico y, como la letra con sangre entra, ahí está la explicación. Mi familia al quemarse quedó chamuscada pero adherida a los huesos (a esos parece que no hay manera de sacárselos de encima). Después me empecé a elevar y vi mi cuerpo desde cierta altura, acurrucado, viviendo el último suspiro de vida que se le i...b...a.

Cuando de pronto sonó el teléfono y desperté. Me había quedado dormido con la estufa prendida en los pies y me salía humo de las suelas de los zapatos. Me los saqué como pude y corrí a contestar. Era el Pancho, fiel amigo, y tenía la papa para el aburrimento, dos entradas para ver **Lobo** de "La Troppa"; los conocía, un día que estaba de baby-sitter tuve que llevar a mi hermano chico a ver **Pinochchio**, me gustó, la encontré poderosa. Pero esa tarde no estaba para nada, aunque... bueno ya. Además algo conocía de los loquillos de "La Troppa", yo, como *habitué* de "Las lanzas" los había visto una que otra vez, gente tranquila pero fome; buena raza. Vamos, a "La Nuval" los boletos (que nombre feo para una sala).

Llevo una hora en la esquina de Condell con Rancagua esperando al Pancho y viendo cómo suben raudos los "Hunos" de vuelta a casa después de la batalla diaria; gente despreciable, mercenarios, acomodados, zancadilleros, cagüineros, escaladores, vampiros, me detengo, parece que empecé a generalizar. Sí, hoy día creo que ando con la mente conectada al orto. Me acordé de la Pamelita de "La Comunidad ...", y se me aquietó el alma. Comienzo a mirar nuevamente; gente corriente, hogareños, sufridos, empresarios cristianos, neo-liberales, soñadores, una citroneta rajada con un tipo con la cara verde que se mete contra el tránsito por Condell y baja el ¡Pancho!, grito, y se me acerca caminando con las rodillas tiesas.

—Ando verde, ingeniero.

—Si cacho, doctor. Fui a buscar unos aguantatequelliegen (guantellekis), nada por ni un lado,

y acuérdate,
el Terrible va a bajar
con forma humana y
no va a quedar fítere
con cabeza ni pieira
sobre pieira y todos los
vamos cocerlos en el
fuego; se van
a cocerse
los sodomitas

qué lástima, habríamos visto la obra como corresponde.

—Este gil se alucina demasiado, pienso yo, que no le hago hace trece días. Es una obra de teatro no más, Pancho, además son chilenos.

—Puede ser.

El Pancho cree siempre que cualquier cosa le puede cambiar la vida, desde que Soubllette le enseñó a meditar a todo le encuentra el lado iniciático.

—¿Entremos, ingeniero?

—Entremos, Buda.

Me empiezan a meter en la ciudad, Santiago obvio, apostaría por San Diego, en esos bares donde toman los desechables que tiene esposa con cuero e'chancho. Alameda, Plaza Italia, el monumento al Carrete, cuántas veces se me ha dado vuelta la vianda por esos lares. La Virgen no es la Virgen, los ángeles no son ángeles, el "Gloria al Pulento"



me deja enganchado poderosamente, me gusta esa onda, ese Cristo, completamente de acuerdo, recuerdo al maravilloso Serrat, estos loquillos no le hablan "al Jesús del Madero, sino al que anduvo en la mar..."

-¡Eso!

Murmuro apretado y chasqueo los dedos, el Pancho me pega un codazo sin mirarme. Un lobo-hombre, un ser mitológico con un sino inevitable, perseguido, un extranjero, la llave de la felicidad, un iluminado a pesar de él, eso alcanzo a cachar mientras lo veo descender hacia el paseo Ahumada (alguna cuchufleta me quieren pasar en esta parte). Recordé cuando me patió la Pamelita y me fui caminando por esas mismas calles hasta que me puse a llorar y llegaron los evangélicos con todos sus complejos de pecadores a cuesta, pero por suerte los paré en seco y me fui donde el Pancho a que me hiciera una terapia rápida, de esas que al final creís que fuiste tú el que la patió, claro que en ese momento yo no sabía que el Pancho también andaba con la Pamelita. Lo miro, está sereno, hasta cara de bueno tiene el judas. En todos habitan ángeles y demonios, pienso, remedando la obra. Vuelvo a "la pantalla" justo en el momento en que se empiezan a arreglar las cosas entre el Lobo y la parejita, buena química, más que eso "...empiezan a abrirse los corazones, detrás del hielo, la piel, y sangre caliente..." y luego a volar ¡qué música notable!, me envuelve, me eleva, esta escena me atraviesa "poesía tridimensional", pienso en académico, cruzan el cielo, se toman de los pies, se abrazan, se besan, más cerca, más lejos, muy lejos, y el guiño, siempre el guiño. Si el Pancho se fuma uno se habría puesto a aullar en esta parte, conociéndolo como lo conozco, en lo cuático, digo. Y luego el sino inevitable, una sincronía fatal hace que los polos se encuentren, es como una tragedia moderna, los hombres y esos inefables hilos invisibles. El lobo-hombre-herido-de-muerte se arrastra metamorfoseado por el asfalto mientras esa sintética caja de fósforos cruza y se detiene, miro su frente y tiene algo escrito: "la muerte es la vida".

Una Fanny violetera y un Kiko-Chaplin cierran algo que estaba inconcluso.

¡Qué tollo!

Estamos arriba de la trola, quedamos un poco pa' dentro. Un par de monumentos cruzan la calle, pero hoy día no conquistaría ni un palo de escoba, dejamos que el agua corra.

-¿A "Las lanzas", ingeniero?

-Seguro.

Don Manolo se acerca con su clásico "¿qué se van a servir los señores?" y mientras tomamos el vinito repasamos la obra, sobre todo la escena erótica, no hablamos mucho ni muy profundo, mientras más borrachos más silencio. Yo lo miro; qué ganas de agradecerle por la buena compañía, decirle que lo quiero mucho, que no importa que me haya quitado a la Pamelita, qué ganas de agradecerle, doctor, porque si no me hubieras llamado me quedo las patas sin remedio. Pancho, es bueno el silencio, pero estar así medio incómodos es una pérdida de tiempo, además creo que se acabó la juventud y el sonambulismo y comienzan los años nuestros. Pero me quedo callado y le doy la mano cuando se despide con una excusa tonta mirando el reloj.

-Saludos a la Pamelita, le digo, y parece que la cago porque me pone su mejor sonrisa *down* de "na' que ver" y se va medio achunchado.

Me quedo solo mirando a la Cecilia Bolocco (que también me mira) y termino de bajar la botella a su salud...

"Y así los muertos vivieron
y los que estaban vivos casi se murieron,
porque no todos los que están vivos
pueden llamarse vivos
ni todos los que están muertos, están muertos.

Hay vivos muertos
y muertos que siempre estarán vivos..."

Vuelvo en mí cuando están bajando la cortina y me decido, "levántate Lázaro y anda que mañana comienza el resto de tu vida". Salgo a la calle, luna llena, buena señal.